

«Cerciorado (Cabrera) de la verdad por conducto del espía (era un oficial llamado Ortega que se introdujo en el calabozo bajo la apariencia de ser un encarcelado) pasó entre Cabrera y el presunto reo el siguiente diálogo:

—Con que V. se llama Lopez Moel? ¿A qué viene V. á mi campamento?

—Señor, contestó Lopez, soy picador, y sabiendo que V. E. es aficionado á montar á caballo, vine á ofrecer mis servicios y en el acto se me aprisionó. Además yo estoy perseguido en Madrid por carlista y deseaba defender al rey bajo las órdenes de un general tan célebre como V. E.

—Hombre, también es cosa particular, despues de seis ó siete años de guerra, acordarse ahora de servir al rey... y un picador, que debe ser buen jinete, tardar tantos dias en llegar desde Madrid, pues salió V. el día.....

—Mi general.... exclamó Lopez consternado.

—Silencio. Habló V. en Zaragoza con... en Segorbe con.... recibió V. tantas onzas de oro para el viaje; se ofreció á V. un destino si me mataba.....

—Es falso, mi general; han engañado á V. E.

—No, aquí están los avisos de todo; yo sé el itinerario de usted día por día, hora por hora; un confidente le seguía los pasos desde que V. salió de Madrid hasta su llegada al campamento del general Foreadell; en la cárcel ha confesado V. su crimen al oficial puesto allí con objeto de explorarle, fingiéndose preso: V. llevaba consigo el cuerpo del delito.

—Señor.....

—Silencio. Un puñal y un papel que contenía veneno se hallaron en poder de V. en el acto de prenderle.

—Mi general, piedad.

—No hay piedad para los cobardes asesinos y envenenadores, exclamó Cabrera con voz terrible. Ahora debiera obligar á V. á tomar ese veneno con la punta de mi espada. Merece V. la pena del talion, pero va V. á ser juzgado inmediatamente por un consejo de guerra. Allí será V. interrogado y careado con su compañero de prision. Detrás de V. vienen tres envenenadores mas por si se yerria este golpe; pero ellos retrocederán escarmentando en cabeza ajena. Lo sé todo, todo. A los que han concebido el proyecto de matarme alevosamente quisiera yo tener aquí: ellos no se atreven y envían á un desalmado como V. Señores (dijo á los circunstantes), saquen ustedes á este hombre de mi presencia.»

Nada resta por decir para que se comprenda cuál era el estado de la guerra en Aragon y en el Centro y lo que ella debía preocupar al gobierno. Consideró este como lo mas urgente poner al frente de aquel ejército, que al fin constaba de treinta mil infantes y dos mil caballos, un general que, reforzado como llegó á serlo, concibiese un plan que opusiese al sistema y á la personalidad de Cabrera un sistema y un hombre capaces de contrarrestarlos.

La siguiente comunicacion dirigida á Espartero por el ministro de la Guerra Alaix, derrama completa luz sobre cuál era el plan del gobierno:

«En vano se han dado vueltas y revisado una y mil veces la lista de generales: el remedio solo se encuentra en los que hay en el ejército del Norte, ó en promover á Concha y otros dos brigadieres de la misma edad y lanzarlos con el mando en jefe de aquellas tropas y separar á los generales que hay allí; pero esto sería hacer una revolucion con desaire de toda la clase de generales: la necesidad de uno que mande en jefe es urgente. Nogueras está postrado en cama: hoy, de acuerdo con el Consejo y por encargo especial de S. M., se le hace á V. este extraordinario para que V. nombre la persona que haya de encargarse del mando de aquel ejército; yo no veo otro que O'Donnell, y si V. accede, creo que desempeñará bien el cargo de jefe de estado mayor, bien el brigadier Concha, que podría promoverse á general, ó cualquier otro que V. designe.

»Si no se acude pronto, la campaña de V. se la lleva el diablo, pues la tropa del ejército del Centro, que es mas que suficiente, bien mantenida, regularmente vestida y bien armada, está tan amedrentada y abatida que su desercion cunde sin que haya quien la contenga con mano fuerte. Si manda usted á O'Donnell puede decirle que ha de separar á Ayerbe, etcétera; podría venirse con dos ó tres jefes mas, pues á mi

modo de ver, solo debería quedar Aznar, que á las órdenes de O'Donnell será bizarro. No hay que pensar en Rodil, pues se encuentra á la cabeza del *Guirigay* y es su prohombre.

»Si nombra V. á O'Donnell, que marche desde luego dándole usted las instrucciones de unidad de fuerzas y todo lo que diga relacion á las miras políticas y militares de ese ejército y lo que V. se proponga en lo sucesivo.

»S. M. desea con ansia la vuelta de este extraordinario y que la saque V. del cuidado en que está por las tropas del ejército del Centro: en fin, desea que V. les nombre general en jefe, y que V. lo dirija tambien en lo posible, y que su general sea el hombre de la confianza de V.

»Conozco la necesidad de que todas las fuerzas estén bajo una misma mano, bajo una misma persona, bajo una misma direccion: de haber sido así, no tendríamos que lamentar los sucesos de Cataluña.

»Saluda á V. afectísimo Q. B. S. M., *Isidro Alaix.*»

El nombramiento de O'Donnell constituia un hecho de verdadera importancia, no solo en razon á la conocida capacidad de este general, sino tambien y muy principalmente porque ponía de manifiesto que el ministro de la Guerra era el *alter ego* de Espartero, el dócil órgano de sus inspiraciones, el ejecutor de las instrucciones que partian del cuartel general; estado de cosas que, sea dicho de paso, explica la previsora sagacidad de Narvaez, cuando, despues de la catilinaria del conde de Luchana contra el aumento del ejército de reserva y sobrevenidos que fueron los sucesos de Sevilla, se sustrajo por medio de la expatriacion á los resultados que verosíblemente habria tenido para él el consejo de guerra al que, alterando los preceptos de la ordenanza, quiso sujetársele para envolverlo en una condena militar dirigida á inutilizar al hombre que habia rendido señalados servicios á su patria y á quien estaba reservado prestárselos todavía mayores.

Nuestros lectores disimularán, merced á su oportunidad, la brevísima digresion á que acabamos de entregarnos.

Tomado que hubo O'Donnell posesion del mando, dispuso marchar inmediatamente en auxilio de la importante plaza de Lucena, sitiada y estrechada por Cabrera. Noticioso que fué este de los designios del adversario que iba á tener en frente, refiere uno de sus biógrafos que se expresó en presencia de sus allegados en los precisos términos siguientes: «Ya tenemos otro toro en la plaza y parece que es bravo segun noticias: ¿no observan Vds. que siempre envían contra mí generales de apellido extranjero? Borso di Carminati, Oraá, Van-Halen, O'Donnell. Vaya una cosa singular: y á fe que no faltan generales de apellido español en la guia de forasteros. Pero es preciso, señores, tomar lo que nos dan. También ha sido reforzado el enemigo con cuatro batallones y tres escuadrones: así me lo anuncian de Valencia. General nuevo y refuerzo, es una cosa buena y otra mala.»

No se descuidó Cabrera ni un solo momento en precaverse contra lo que podia temer de un adversario del que en su fuero interno tenia mas levantada idea de la que trató de inspirar á los de su estado mayor.

Voló el jefe carlista á Lucena é hizo abrir zanjás y construir parapetos que dificultasen el camino de Teruel á Segorbe, que era el que siempre habian seguido las tropas de la Reina y que supuso sería tambien el que siguiese el enemigo al que aguardaba.

Pero O'Donnell inutilizó la previsora actividad de su contrario tomando otra direccion que la que este habia supuesto. Llegado á Segorbe, habiendo logrado salvar, sin tropezar con fuerzas enemigas, los difíciles pasos que tuvo que atravesar, efectuó O'Donnell la reunion de los batallones que conducía con las fuerzas que de Valencia salieron para unírsele; feliz operacion que permitió al ejército liberal marchar resueltamente sobre Lucena, reducida ya á los últimos apuros del hambre.

Esperaba Cabrera á pié firme á su contrario y desplegó en aquella jornada, destinada á serle adversa, el valor y la presteza de concepcion que jamás lo abandonaban en el campo de batalla; pero tenia delante un general curtido en los combates, dotado de mas instruccion militar de la que se creia y estimulado por la responsabilidad de que se menoscabase su

fama si dejara de llevar su empresa á cabo. Manióbró O'Donnell con tanta pericia y fué secundado por los jefes á sus órdenes con tanto celo, que logró desalojar á los carlistas de las fuertes posiciones que ocupaban; dejar, si no humillado, perplejo el orgullo de Cabrera, devolver la confianza al ejército, reanimar á los pueblos é igualar cuando menos una lucha hasta entonces propicia para las armas del enemigo.

Lucena quedó libertada con los 2,000 hombres que la guarnecian, abiertas las comunicaciones con el exterior, introducido en su recinto el convoy de víveres y alejado el temor de nuevos peligros, que la jefatura de O'Donnell era prenda de que serian conjurados.

El vencedor dirigió á sus tropas la siguiente orden del día:

«Soldados: el día de ayer ha sido de gloria para el ejército del Centro. El orgullo de Cabrera habiendo reconcentrado la mayor parte de las fuerzas que acaudilla en Aragon y Valencia, y contando seguro el triunfo, apoyado en lo formidable de la serie de posiciones que hay que atravesar para ir á la invicta Lucena, osó presentar la batalla y oponerse á que libertaseis á nuestros compañeros, que se habian visto obligados á encerrarse en aquella plaza. Confiado en vuestro valor, no dudé en atacarle. El mas feliz éxito ha coronado mis esperanzas: batida la faccion, despues de ocho horas de combate, la habeis visto huir de vuestras bayonetas: vuestros compañeros están libres y Lucena socorrida.

»Soldados: que esta victoria sea solo el preludio de otras nuevas que pongan término á los males de estos reinos, reduciendo á la impotencia á ese feroz y sanguinario enemigo. Testigo del valor y disciplina con que os habeis conducido, no duda en aseguraros que le seguireis vuestro general,—*Leopoldo O'Donnell.*»

Libertada que fué Lucena, dirigióse O'Donnell con el grueso de sus fuerzas por Castellon á Valencia, y apenas alejado de la plaza, cuyo sitio acababa de hacer levantar, destacó Cabrera á Beltran en observacion de la fortaleza que tanto habia codiciado conservar. Llangostera por su parte invadía las comarcas de Aragon, interin Foreadell se encargaba de saquear las de Valencia y Arévalo extendía sus excursiones de Chelva á Albacete.

En la prevision de que el adversario que tenia delante, y al que habia afectado no temer, emprendiese contra él operaciones serias, tomó Cabrera el camino de Cantavieja para proveer de artillería y acudir con ella á la defensa de Cañete, á Alpuente, Collado y demás puntos que tanto le importaba conservar como base de sus operaciones contra Castilla, y no contento con estas precauciones, dispuso las fortificaciones de Flix, Mora, Castelfavít, Torre de Castro, Villarluego, Culla y Aroz.

Por su parte, el general en jefe del ejército del Centro, juzgando que Talés, poseído por los carlistas, era una posicion de importancia estratégica, púsose en marcha á fines de julio, determinado á ponerle sitio, á cuyo efecto llevó consigo las divisiones de Azpiroz y de Hoyos, con la correspondiente artillería. Llegado que fué á vista de la plaza, operó O'Donnell, como experto hombre de guerra, un reconocimiento personal de las posiciones del enemigo; y despues de haber hecho practicar por los ingenieros los trabajos necesarios para la colocacion de las baterías de sitio, quedaron estas establecidas el 11 del siguiente mes de agosto.

Vigilante y atrevido, Cabrera atacó á los sitiadores, á los que no logró, sin embargo, desalojar, viéndose al contrario rechazado con no poca pérdida. La posesion del pueblo quedó por las armas de la Reina; pero los carlistas, dueños todavía del fuerte, buscaron en él refugio, esperanzados, y no en vano, de que su atrevido jefe acudiría en su auxilio; expectativa que no debia quedar fallida, pues, en efecto, la audacia de Cabrera llegó hasta atacar de nuevo las posiciones de O'Donnell; audacia que tuvo que pagar cara, pues nuevamente vióse obligado á ceder el campo á su contrario, teniendo que devorar la mortificacion de que, casi á su presencia, se rindiese el castillo, cuya posesion habia puesto tanto empeño en disputarle. Justamente ufano de su nueva victoria sobre el temido adalid del Maestrazgo, dirigió O'Donnell á sus soldados la siguiente orden del día:

«Por segunda vez, en menos de un mes, habeis humillado el orgullo del rebelde Cabrera, batiéndolo bajo los muros del castillo de Talés, cuyos fuertes, perdida la batalla, se han rendido á discrecion. Vuestro valor en el combate ha sido igual á vuestra constancia en saber sufrir las privaciones y fatigas inseparables de esta guerra: nuevos peligros nos esperan; pero con soldados como los del ejército del Centro no duda de la victoria vuestro general,—*Leopoldo O'Donnell.*»

En cierta manera compensó para los carlistas su descalabro de Talés la derrota de la columna del coronel Ortiz, que desde Liria intentó un reconocimiento sobre Chulilla. Salíole al encuentro Arévalo con tan buena suerte, que hizo retroceder la brigada de Ortiz, causándole la pérdida de setecientas bajas, la mayor parte prisioneros.

Interin esto ocurría en el territorio de Valencia, entraba en Sacedon, centro de la Alcarria, y, como es sabido, vecino á la corte, una columna carlista, cuyo jefe no tuvo escrúpulo de llevarse, en clase de prisioneros, á oficiales del ejército residentes como enfermos en aquella estacion termal. Contra semejante inaudito procedimiento protestó O'Donnell dirigiéndose á Cabrera, increpándole por la violacion que aquel vituperable acto acusaba del convenio que habia firmado con Van-Halen.

No era el jefe carlista amigo de que le demostrasen que no llevaba razon, y por medio de sofisticas argucias intentó la defensa de un acto que no la tenia.

Contrariamente á las reclamaciones que al efecto habia dirigido al gobierno el general en jefe del ejército del Centro, operaba en aquel territorio una brigada de cuatro batallones de la que disponia con entera independencia el Capitan general de Castilla la Nueva. Y sabedor Cabrera de que aquella fuerza se aproximaba á su punto favorito de Cañete, determinó caer sobre ella, á cuyo efecto requirió batallones y escuadrones del bajo Aragon. La brigada liberal, ignorante de la presencia del enemigo en número superior, vióse sorprendida y se atrincheró en el pueblo de Carboneras, que defendió valerosamente su comandante don Santiago Perez, despreciando las ofertas de capitulacion, hasta que, reducida la poblacion á cenizas, tuvo que aceptar las condiciones de Cabrera, á quien costó trescientos hombres su victoria sobre los liberales, los que en número de dos mil infantes y ciento cincuenta caballos todos ellos prisioneros constituyeron el trofeo de los carlistas.

Informado del desastre, determinó O'Donnell tomar de él inmediata revancha, disponiendo al efecto operaciones encaminadas á apoderarse de los puntos fortificados de Chelva, Collado y Regis, poseídos por Cabrera, con lo que quedarian cortadas sus comunicaciones entre las provincias de Cuenca y de Valencia; pero el sagaz jefe del Maestrazgo eludió el peligro que le amenazaba, internándose presurosamente en la parte montañosa de la provincia de Castellon.

Para ambos contendientes iniciábase en aquellos dias una situacion enteramente nueva. Casi al mismo tiempo stópose la noticia del convenio de Vergara, y que Espartero, con el grueso del ejército del Norte, se disponía á bajar á Aragon. Como no podia menos de suceder, hecho de tanta trascendencia irrió, aunque sin desconcertarlo, al intrépido caudillo de don Carlos.

Es fama que, al enterarse del suceso, apoderóse de Cabrera un despecho que rayaba en furor. Reunió inmediatamente á los jefes de sus divisiones y brigadas, á los que dirigió la siguiente plática:

«El mejor servicio del Rey y mis particulares sentimientos me obligan á exigir de Vds. que francamente me manifiesten cuáles son los suyos, despues de lo que se llama convenio de Vergara, y que para nosotros los leales no merece otro nombre que el de traicion. Mis intenciones se reducen á emplear todos los medios imaginables para conseguir el triunfo de nuestra causa y proteger al país que tantos sacrificios ha hecho y hace para sostenernos, sacándolo de las garras de la revolucion. Yo miro con horror el increíble suceso; me parece un sueño todavía y no quiero hacer reflexiones que me quitarían la tranquilidad de ánimo, tan necesaria en estos momentos. Lléjos de desalentarme, Dios me inspira el mayor entusiasmo. Batiremos á O'Donnell.

—Sí, mi general, exclamaron todos, lo batiremos.

—Bien, señores, repuso Cabrera conmovido. Chulilla y Carboneras acababan de llenar de prisioneros y de fusiles nuestros depósitos; el enemigo no se mueve despues de la accion de Talés; si ataca nuestra fortaleza, le costará cara la empresa; el invierno se acerca. Yo tengo mis planes y necesito saber si Vds. están dispuestos á secundarme; al que quiera abandonar estas filas le daré pasaporte para donde lo elija; prefero esto á que el contagio de Navarra llegue hasta nosotros; pero tambien advierto que si hay mal intencionados ó traidores que aparentando fidelidad, introduzcan la discordia é indisciplina en el ejército, á la menor sospecha serán fusilados. Nos hallamos, señores, en circunstancias extraordinarias y es preciso apelar á medios extraordinarios. Seré inflexible y sirva de gobierno.»

El grito unánime de «¡viva el Rey!» fué la respuesta dada á esta enérgica alocucion.

La junta carlista, que secundaba á Cabrera, dirigió tambien una proclama á los pueblos, en la que comparaba á este al Cid Campeador, asignando á Maroto el papel del conde don Julian; despues de lo cual concluía la junta llamando á los pueblos á seguir la contienda sin desmayar.

Al paroxismo de furor, que se apoderó de Cabrera en aquella circunstancia crítica, acompañaron desesperados esfuerzos de actividad. Sus lugartenientes multiplicaron sus correrías por las provincias contiguas á su territorio. Fueron frecuentes las sorpresas y numerosas las aprehensiones de ganados. La habitual severidad del jefe carlista degeneró en actos de crueldad de que sus propios partidarios eran víctimas, y á tanto extremo llegó la violencia de sus providencias que la misma exasperacion comenzó á iniciar el desaliento, y el vago, pero profundo sentimiento, que invocaba la paz y labraba secretamente los ánimos.

La retirada de la Mancha del ejército de reserva antes de que hubiese Narvaez acabado de limpiar la provincia de Toledo, entregó nuevamente la de Ciudad-Real á las incursiones de Paillos, cuyas correrías se extendían á Extremadura y parte de la Alcarria. Envalentonados, por no haber tropas de la Reina en suficiente número para contenerlos, bajaron de los montes de Toledo y de Guadalupe, paseándose á mansalva por la provincia de Albacete, la orilla derecha del Tajo y la comarca de Ocaña.

El ministro de la Guerra Alaix creyó poner remedio nombrando al general Balboa jefe militar de la Mancha, en cuyo territorio ejerció este un proconsulado, señalado por actos de inaudita crueldad. Sus pormenores abundan en los periódicos y publicaciones de aquella época; pero su reproducción seria innecesaria para calificarlos, bastando consignar el hecho desnudo de que mujeres y niños de menor edad fueron condenados al último suplicio por delitos de infidencia, todavía más imputables á la época que á las personas.

No eran necesarios semejantes rigores para que el estado de la Mancha se modificase en el sentido de la paz, toda vez que los naturales efectos del gran suceso de Vergara produjeron la presentacion á indulto de la gran mayoría de los secuaces de Paillos y su comparsa de guerrilleros merodeadores.

Otro tanto aconteció en Castilla la Vieja, donde uno tras otro, los cabecillas Hierros, Blanes, Rey, Escalera y Carrion se acogieron al indulto á poco de desalojadas por los carlistas en armas las provincias Vascongadas. En Extremadura el partidario Felipe, entretenido en merodear y en interceptar correos, era el único que permanecía en armas; y en las provincias del Noroeste, en las de Asturias y Galicia, aunque con mas lentitud, se fué verificando la pacificacion bajo el mando del general don Laureano Sanz, sucesor de don Jerónimo Valdés, quien, como en su lugar dejamos referido, habia pasado á Cataluña en reemplazo del baron de Meer. Los cabecillas gallegos Ramos, Saturnino, el cura Alvarez, el Souto de Remasat y el Ebanista, fueron sucesivamente desapareciendo, en términos que al finalizar el año no quedaban en aquellos territorios partidas en armas.

Lamentable fué por cierto que antes que desapareciese aquella plaga, regase con su sangre generosa el suelo gallego

el coronel Cayuela, honrado y consecuente liberal, nuestro compañero de emigracion despues de la catástrofe de 1823.

## CAPITULO II

### Descomposicion del campo carlista

Jefatura del general Maroto.—Discordias y luchas.—Antecedentes de los fusilamientos de Estella.—Consecuencias.—Planes y operaciones de Espartero.—Acciones en Navarra.—Zurbano.—Muñagorri.—Apuros de Maroto.—Quemas en Navarra.—Pronunciamiento en el campo carlista.

El gran suceso que debía decidir la suerte de la doble causa que se lidiaba en el ensangrentado suelo español, entre la vieja, benigna, pero gastada sociedad de nuestros padres y las generaciones nacidas y educadas al calor del espíritu moderno, venia preparándose desde el fracaso de la grande expedicion carlista al interior de España; época que inició la descomposicion, al menos en las Provincias Vascongadas y en su ejército, del gran partido que en el espacio escasamente de un cuarto de siglo, ha tenido poder bastante para promover y alimentar tres guerras civiles, de larga y desastrosa duracion.

Todo lo que Cabrera adelantaba en las provincias del Este; su atrevido avance por los confines de la provincia de Cuenca en direccion de Madrid, lo perdía el Pretendiente dentro de sus dominios vascongados, en cuyo interior consumía sus fuerzas en la imposibilidad de emprender con éxito operaciones ofensivas en grande escala, y todavía se hallaba mas coartado é inutilizado por la sorda, pero implacable division que reinaba entre sus mismos partidarios; los que, como ya hemos tenido ocasion de observar, formaban dos campos, mas ocupados en dañarse el uno al otro, que en fijar su atencion en que la causa de la Reina sacaba un partido inmenso del antagonismo y falta de unidad de miras de sus contrarios.

Las operaciones militares se habian reducido en los primeros meses del año á combates en las Encartaciones, sostenidos con bizarría é inteligencia por el general Castañeda contra Goñi y Castor Andéchaga, jefe de la línea enemiga el primero y de la provincia de Vizcaya el segundo.

La toma de Peñacerrada por Espartero, fué á la vez la señal de la superioridad militar del ejército del Norte, y de que el partido intransigente y fanático perudiese el poder, que hemos visto arrancó de manos de Guergué el mando del ejército, que recibió Maroto para hacerse centro y cabeza de lo que podemos llamar el *lado izquierdo del carlismo*, no menos exasperado y ardiente contra el elemento tradicionalista y clerical hasta el fanatismo, que este lo estaba, para servirnos de una frase empleada con predileccion por sus corifeos, *contra todos los que sabian leer y escribir*.

Estallado que hubo sin disfraz y sin miramiento, el dualismo entre Maroto y sus aliados y los consejeros inmediatos de don Carlos, intrigaban estos contra el general, interin este se preparaba para la lucha, ganando partido en el ejército y labrando séquito entre los poco inclinados á seguir las huellas del intolerante fanatismo de los afiliados á la camarilla.

El efecto mas inmediato de la contienda entre ambas parcialidades, se significó por un fuego cruzado de acusaciones entre los apostólicos y los marotistas, atribuyéndose unos á otros planes que representaban á don Carlos que conducirían á la ruina de su causa; acusaciones que el limitado entendimiento de aquel príncipe no era capaz de juzgar con acierto, y entre las cuales flotaba su ánimo inquieto, á la par que tímido, sin atreverse á romper con ninguno de los dos partidos á los que no atinaba á conciliar, si bien en su interior estaba de corazón con los intransigentes, guardando, sin embargo, á sus contrarios los miramientos de que no podía prescindir, habiendo puesto en manos de los de la izquierda el mando de su ejército.

El partido marotista, además de los generales y jefes de cuerpo que el don Rafael habia ganado, y de poder contar con las simpatías de Villareal, de Elio, Gomez y demás caudillos que, juntamente con el infante don Sebastian, habian caído en desgracia al regreso de la grande expedicion de Castilla, tenia

por aliados al célebre padre Cirilo, al jesuita Gil y á Ramirez de la Piscina. Los contrarios, cuyos jefes militares son ya conocidos de los lectores, se hallaban en plena posesion de la servidumbre del Pretendiente, y eran dueños de su confianza, además de serlo del gobierno, puesto en manos del obispo de Leon y de Arias Tejeiro, quienes con el padre Lárraga reinaban en el ánimo de don Carlos.

Colocados en la situacion, de la que bastan á dar cabal idea las precedentes indicaciones, no se recataban los dos partidos, dejándose llevar mas del odio que á unos contra otros animaba, que de la cautela y discrecion de que ante todo necesitan los que saben conspirar y están interesados en no propalar amenazas de recíproco exterminio.

Semejante estado de cosas era de suyo sobrado manifiesto para que fuese del todo ignorado en el cuartel general del ejército de la Reina; y apercebidos que hubo de ello el general Espartero, concibió el sagaz pensamiento de sacar partido de sus anteriores relaciones con Maroto, su antiguo compañero de armas en el ejército del Perú. A este efecto envió agentes secretos al campo carlista; aprovechó de los servicios de prisioneros que consideró aptos para secundar sus miras; y cuando ya juzgó bastante adelantada la disidencia que desgarraba al bando enemigo, envió á su ayudante Paniagua al cuartel general de Maroto, bajo pretexto de remover dificultades relativas al canje de prisioneros, pero con el determinado fin de sondear las disposiciones de su antiguo compañero. Cabalmente la oportuna iniciativa de Espartero coincidió con lo mas intrincado de la lucha intestina que en la region de la corte y séquito de don Carlos se agitaba entre Maroto, representado por su auditor Arizaga, y los ministros de don Carlos sostenedores del partido contrario.

Aunque la mision de Paniagua no condujo á una franca inteligencia entre Espartero y Maroto, supo el primero utilizar con éxito los preliminares de inteligencia de que Paniagua habia sido portador, valiéndose posteriormente de un intermediario muy á propósito para ser el conducto de comunicaciones confidenciales entre los dos generales, sin excitar sospechas destructoras de los propósitos de ambos.

Fué este intermediario un industrial del país, que habitualmente se ocupaba en llevar y traer géneros de un campo á otro. Martín Echaide, conocido bajo el nombre del arriero de Begoña, fué el principal confidente de quien se valió Espartero para entenderse con Maroto, mision que el no lerdo campesino desempeñó con sagacidad y sin despertar sospechas de nadie.

Aunque aquellas primeras negociaciones no condujeron á un resultado definitivo, toda vez que tuvo muchas altas y bajas la serie de tratos y comunicaciones mas ó menos directos y de los que llegaron á tener conocimiento agentes de los gobiernos de Francia é Inglaterra, sirvieron, sin embargo, para inspirar á Maroto la esperanza de que, si llegaba á romper con don Carlos, le quedaba abierta la puerta para una transaccion que encontraría sosten y apoyo en gran parte del ejército y tambien en el país, cansado de la guerra, cuyas cargas lo tenían abrumado.

El principal apoyo militar del partido de la camarilla se fundaba en la adhesion de los navarros á los generales García, Guergué y Sanz, á quienes no cesaban los clericales de impulsar á que levantasen la bandera de un pronunciamiento abierto contra Maroto y los jefes que se le habian unido y á los que acusaban de liberalismo. Pero García y Guergué, si bien resueltos á obrar, llegado que fuese el momento decisivo, vacilaban en cuanto á tomar la iniciativa de una sublevacion contra el general, que ostensiblemente poseia la confianza del monarca, que ambos bandos reconocían é invocaban.

Por aquel tiempo fué cuando el ministro Pita Pizarro decidió á sus compañeros de gabinete á aceptar los servicios de don Eugenio Aviraneta, consumado maestro en el arte de las conspiraciones, segun es ya notorio á nuestros lectores. Aquel infatigable agente de combinaciones de índole revolucionaria, pero que sabia adaptar al servicio de contrarias ideas é intereses, habia logrado que sus planes fuesen escuchados por personas allegadas á la Reina gobernadora y esta influyó

grandemente para que los ministros se decidiesen á emplear los servicios de Aviraneta, á efecto de acrecentar la maraña de intrigas y divisiones que trabajaba el campo enemigo. En un anterior capítulo dejamos consignado lo poco acertado que estuvo el gobierno en las disposiciones que acompañaron la mision de Aviraneta. Coartó su iniciativa y su accion, sujetándolo á la dependencia del cónsul de Bayona, lo que juntamente con las dificultades que á no pocas de las maniobras del agente secreto opuso el cuartel general de Espartero, ocasionaron que no fuera tan fecunda la inventiva de aquel infatigable y por demás experto agente, que logró extender la alarma, acrecentar la desconfianza entre los carlistas, cuyo campo pobló de instrumentos á su devocion, habiendo sabido escoger entre los dos sexos agentes de los que sacó gran partido, y si bien no para todo lo que se propuso, no dejó de contribuir poderosamente á la final desorganizacion del campo enemigo. Las intrigas y las artes de Aviraneta llegaron de tal manera á aumentar la confusion entre los dos bandos contrarios, que su rompimiento se hizo ya inevitable, y si no comenzó por parte de los secuaces de la camarilla, como aconsejaban á esta sus mas allegados, debióse á la timidez é irresolucion de don Carlos, quien, sin atreverse á seguir á Maroto ni á separarlo, se entendia con sus enemigos y los favorecia secretamente.

En aquellos mismos dias corrió el Pretendiente el riesgo de haber caído en un atrevidísimo lazo, tendido por la infatigable inventiva de Aviraneta. Situado este en su observatorio y taller de Bayona, llamó su atencion el que don Carlos residiese largas temporadas en Azcoitia, punto vecino al mar, lejos de su ejército y tan solamente acompañado de una débil escolta. Concibió el agente secreto el audaz proyecto de apoderarse de la persona del Pretendiente. Al efecto dispuso con arte su trama, valiéndose de personas residentes en Azcoitia, y principalmente de un sargento de Chapelgorris, llamado Elorrio; el que, conocedor del terreno, y llevando consigo mozos de los caseríos inmediatos, disfrazados de carlistas, se prometía caer sobre Azcoitia sin ser vistos ni sentidos, debiéndoles bastar media hora para efectuar la prision de don Carlos y de su hijo, que llevarían consigo á Zumaya, embarcándolos en el vapor inglés que al efecto los esperaba. Fundaba Elorrio el éxito de su audaz tentativa en que solo custodiaban á don Carlos en Azcoitia treinta cadetes y soldados distinguidos y algunos guardias de corps, dispersos en los caseríos inmediatos. Proponiase además, amenazando con la muerte al preso, si diera la menor voz, imposibilitar toda alarma que produjera resistencia; y para colmo de maquiavelismo, habia dispuesto Aviraneta que los captores dejasen desparramadas en el país proclamas, de las que aparecía ser Maroto el autor del rapto, en calidad de presidente de una federacion foral de las tres provincias, por la que era destronado don Carlos y se le internaba en Francia. El diabólico plan, aunque aprobado por el gobierno, por Jáuregui y por el comodoro inglés, no lo fué por Espartero, y quedó reducido á mero proyecto.

Aunque, como dejamos observado, no habia llegado á efectuarse un abierto rompimiento entre los dos bandos del carlismo, tenían uno y otro tan adelantado su propósito de romper, que Maroto, con intento de que don Carlos se decidiese en su favor, viendo que el ejército estaba de su parte, propúsole que pasase una revista en los campos de Azcoitia. En vísperas de que esta se efectuase, dispuso repentinamente don Carlos trasladar su corte á Oñate, determinacion que juzgó Maroto haber sido tomada en el interés de sus contrarios. Exasperáronse con este motivo los marotistas, y exigieron de su jefe que se dejase de contemplaciones, declarase á don Carlos la voluntad del ejército y pusiese fin á la preponderancia de la camarilla. Pero el general en jefe, que tan arbitrario y resuelto no debía tardar en mostrarse, vaciló y quiso consultar á los jefes, á los que reunió en consejo y cuyo parecer, que fué el de contemporar, se halló dispuesto á seguir.

Vino á hacer diversion á aquella crisis el haber recibido Maroto el permiso con que ya no contaba, para que la revista tuviese efecto. Dispúsose esta en el camino real de Mondra.